

Sotavento

Crónica de los olvidados

LUIS BERENGUER

Sotavento

Crónica de los olvidados



1.^a edición en Algaida Editores: marzo, 2009

© Herederos de Luis Berenguer, 1973, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-168-8

Depósito legal: M-8705-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para el increíble Juan Antonio Campuzano, de
Puerto Real, cuya conversación florida —mezcla del
Archivo de Indias y la Biblioteca de El Escorial, sólo
que a ritmo de pasodoble—, dejó en el eco este libro.*

NOTA DEL EDITOR: para esta edición se ha considerado oportuno conservar los usos de puntuación y cuestiones de tipografía de la primera edición revisada por el autor.

I

«ESTE QUE VEIS AQUÍ, EN UNIFORME GRANDE —casaca y calzón de chamelote, chupa y vuelta encarnada, guarnecido de galón dorado de veinticuatro líneas al canto, del diseño de flores de lis; contracartera en la chupa, botón de caracol en hilo de oro, medias blancas, y sombrero con guilindajes de galón mosquetero en oro y escarapela encarnada de cerda; bajo escudo de armas cuartelado en cruz, gules y oros, torres donjonadas de tres homenajes— es abuelo Diosdado Croquer Donasteves, profesor de la Matemática y de la Astronomía en la Compañía de Guardias Marinas, que tradujo del francés el tratado de Stánica del p. Pardies, y el *De la théorie de Manoœuvre des Vaisseaux del cavallero Renau*; comendador de Aliaga en la Orden de San Juan, alfaqueque de la del Santo Sepulcro, de la Real Sociedad de Londres, de la Academia Real de las Ciencias de París, profesor de la Universidad de Edimburgo y en la Academia de Berlín».

Abuelo Diosdado Croquer Donasteves nació con una oreja más larga que otra, un lóbulo feraz que le creció toda la vida y tenía que podarlo con la misma frecuencia que el cabello.

Mantuvo correspondencia con los tratadistas de su tiempo, desde Colin Mc. Laurin a Pitot, pasando por los últimos Bernouilli, Nicolás y Jean, participando activamente en la comisión de pesas y medidas, en las discusiones bizantinas suscitadas con las construcciones en La Habana del *Meregildo* y el *Santísima Trinidad*; en la de los cálculos de mareas, así como en el invento de una cocina con caldera y alambique para potabilizar agua de mar.

Abuelo Diosdado anduvo a la vanguardia de la Ilustración, a contramano de la época que le tocó vivir, cuando Pedro Romero y *Costillares, la Tirana y la Granadina*, imponían en la Corte una moda de casticismo populachero, a falta de mejores modelos que imitar.

La copiosísima correspondencia que dejó el prohombre, forma como una coraza que desdibuja el perfil de su talante. Problemas de toda índole, políticos, científicos, profesionales y familiares, completan un fichero inabarcable de datos que, paradójicamente, son pelotas que chocan contra el frontón de su persona, sin desvelar su color ni su tamaño. Su perseverancia en los destinos de la Corte, nunca aceptados de buena gana, se debió a su asombroso dominio en lenguas vivas y muertas, que el latín y el griego los usó antes que los dientes y, a los quince, cuentan que escribía el chino, para distraer la atención y descansar de sus graves estudios.

Por referencias indirectas se sabe que don Antonio Ulloa, siendo Diosdado colegial, se lo recomendó a don Jorge Juan, «*porque escribe a dos manos todas las lenguas de Babel*»; aclarando que aunque se le hincha la cabeza y se olvida de comer y dormir, «*por lo que padece un tumor de sebo en el colodrillo que le trae burlas no siempre mansamente toleradas, ninguno más capaz en geometría, trigonometría, cosmografía, náutica, teoría de la artillería y de la construcción de buques y bajeles*».

Este niño prodigio, blanco de chacotas, resultó preocupante por más de un concepto. En el colegio de Guardias Marinas, inventó un artefacto para vengarse de sus compañeros que fue un anticipo de las balas explosivas que emplearían las carroñadas inglesas. La patente de este invento quedó inédita, porque el cabo inspector llegó a tiempo de impedir la prueba experimental, y el alumno Diosdado Croquer, cogido por la oreja calipigia, fue conducido al calabozo, evitándose la hecatombe.

El empleo de esta bala explosiva ocupó su infancia, y modificó su uso, siempre movido por venganzas en el orden del compañerismo. La bomba de metralla, explotó parcialmente una noche de truenos sin más víctimas que el inventor. Quedó despellejado de manos y cara, con la oreja intacta, y fue devuelto al hogar de su viejo padre, don Everardo Trinidad Ventura, a reponer la piel, cosa que consiguió tan sólo a medias, pues le quedó una mancha albina de la que nunca se enmendó.

A pesar de todo, escribe Ulloa: *«No se pierda entre los guardias marinas si se ha de aprovechar la disposición y conocimientos de tan desusado talento, más en la Corte, donde tan menguados están»*.

Después de un corto embarque en el chambequín *Andaluz* pasó a la Corte y de allí a La Habana. *«El Rey ha destinado a usted para el importantísimo servicio de emplearse en La Habana en cuantos asuntos relacionados con la construcción de los navíos, a cuyo efecto deberá usted presentarse al comandante general del apostadero a fin de que se logre la práctica de las providencias que tenga por conveniente dar, exponiendo usted las reflexiones facultativas marinerías que halle usted preciso hacer presente a ese general para su ejecución y la dificultad o imposibilidad de ésta que usted advierta»*.

Este insólito documento, destinado a un guardia marina que asciende en la ocasión a alférez de fragata, marcó su carrera con envidias, celos y desconfianzas de sus superiores, precisamente por ser destinado a asesorarlos en materias de su profesión.

De La Habana, pasó a la Corte pues *«el Santo Domingo salió con un punto de escora muy elevado y que no mantenía la batería sino en tiempos bonancibles, siendo precisas obras para corregirle tan grave defecto y a este fin, con estricta sujeción a lo preceptuado, habrá que rebajar la cámara alta según plano y adicionar su falsa quilla. En esta atención el ingeniero Puente y don José Romero Landa, únicamente convinieron que la voluntariedad con la que procedían los facultativos en los departamentos, asesorados por oficiales que no están en edad de tener experiencia...»*.

En Madrid, a pesar del discutible desacierto habanero, pasó al batallón de marina que guarnecía la Corte y a la Secretaría del marqués de la Ensenada que lo había sido todo: secretario de Marina e Indias, de Guerra y Hacienda, gobernador del Consejo de Castilla y superintendente de rentas generales, aunque a la sazón estaba en el Consejo de Estado.

En su segundo destino de la Corte no estuvo solo, sino con su madrastra, extraña compañía pues estaba viuda de recién casada.

El inefable don Everardo Trinidad Ventura Croquer, Agar, Comesaña y Macé, capitán de navío setentón, contrajo segundas nupcias con su cuñada Luftolde Donasteves, hermanastra de su difunta Emilia, madre de Diosdado. La nueva esposa tenía cincuenta y dos años menos que su marido, pero antes de una semana de matrimonio, abandonó horrorizada al viejo esposo, pues don Everardo Trinidad Ventura se dispuso a morir en el empeño y hasta quemó las ropas de su adorada para que no aban-

donara el lecho conyugal. La ciencia dijo que el reblandecimiento medular producido por remedio moro tunecino, le arboló priapismo exacerbado, y ni las sangrías in situ, ni el desgaste por el uso natural, moderaron al viejo que, ante el abandono de la usufructuaria, se murió en una orgía báquica entre músicos y mujeres bravas, reclamando la presencia *de jure y de facto* de la esposa amada, después de comprobar, estadísticamente, «que ninguna como la propia».

La epopeya rijoso-farmacológica de don Everardo Trinidad Ventura desencadenó en Luftolde, su segunda, un rencor inextinguible a la virilidad que explica futuros problemas familiares.

Las relaciones entre madrastra y entenado fueron una pesadilla alucinante, donde es pura anécdota que le echara veneno cagalistroso en el vino, o le rajara calzones de uniforme con tijeras. Luftolde, embarazada, parió un varón, Ángel Custodio, hermano de vínculo sencillo de Diosdado, y con sus mismos apellidos, ya que las madres, a su vez, también eran hermanas por parte de padre.

El nacimiento del hijo póstumo aumentó los problemas de abuelo Diosdado, pues abuela Luftolde no estaba por la labor de darle teta al niño ni cambiar pañales, hasta el punto que se ponía taponés en las orejas para no oírlo llorar y le ató la fuente de la orina con piolín hasta dejarlo circunciso.

En estas condiciones, don Diosdado, bajó a Puerto Real, a buscar una mujer que cuidara al pobre niño, con suficiente habilidad para *«defenderlo de su propia madre sin que fuera motivo de discordia»* y en el pueblo le recomendaron que fuera a la familia Velande, del barbero, *«que lo que ellos no sepan enmendar, no tiene enmienda»*.

Así llegó Lela Velande a completar el censo del primer año de destino madrileño, y abuelo Diosdado acabó

tan harto que pidió ultramar, pero entonces andaba atareado en traducciones sabias, recibiendo medallas y encomiendas, profesorado *honoris causa*, y tuvo que conformarse con promesas de embarcar «tan pronto como se pueda prescindir de sus servicios».

El añorado embarque le llevó al *San Julián*, mandado por el capitán de navío Rodríguez de Valcárcel, marqués de Medina, y a las pocas fechas de encontrarse a bordo, los ingleses apresaron al *San Julián* frente a Cabo Santa María.

El marqués y sus oficiales fueron trasladados al «*Royal George*, después de la escaramuza, pero los barcos ingleses, «*tan empeñados en la costa entre bajaríos y fan-gales, no podían abandonar las aguas lusitanas*».

Abuelo Diosdado no era hombre de guerra pero jugaba al ajedrez y encontró el modo rocambolesco de solucionar el problema, brindándole jaque mate a su comandante: Rodríguez de Valcárcel hizo de práctico para los ingleses, con la condición de que el enemigo se aviniera, no sólo a libertarlos, sino a dejar al *Royal George* como dotación de presa de los españoles. Al subir la marea, salió la flota inglesa siguiendo aguas del *Royal George* y, ya libres de puntas, el barco apresador y prisionero aparejó a virar por avante y puso rumbo a las aguas gaditanas.

Rodríguez de Valcárcel ascendió a brigadier por tan notable acción, pero a la hora del recuento y de las responsabilidades, por haber procurado ventajas al enemigo comprometido, surgió otra partida de ajedrez para abuelo Diosdado, que volvió a Madrid, «*de donde no debió salir nunca a misiones tan en desacuerdo con sus capacidades*». Al final, el orejudo don Diosdado, pese a su prestigio y a su sabiduría, permaneció en la Corte, oficialmente observando conducta, y realmente en la secretaría de todos los negocios estatales.

Sus crisis de mala suerte fueron inversamente proporcionales al tamaño de su oreja: cuando le cuelga sobre el hombro como buche palomino, la cosa va tal cual, pero tan pronto el cirujano le hinca la lanceta y le estruja la papa, la desgracia se ceba en él. En efecto, cincuenta años después de la muerte de Diosdado, tía Loreto diagnosticó, en sus memorias, que *«su oreja hinchada era como talismán protector, pero él nunca lo supo aunque tenía un carácter tan deductivo y tan analítico, porque el Señor repara sus dones, en resumidas cuentas, para que todos llevemos nuestra cruz sin ventajas»*.

La presencia de Lela Velande en Madrid originó una conspiración faldera, llena de recovecos, hipocresías e incomodidades de toda índole.

La tal Lela tenía unas portentosas dotes para la intriga y un instinto no menos portentoso para adivinar las oportunidades de sacar ventajas. Así, aunque ama de llaves o mujer de confianza de don Diosdado, no tardó en percatarse de que su porvenir estaba, entre merced y señoría, en el bando de abuela Luftolde Donastebes.

*

Cuando abuela Luftolde, empachada de mieles, abandonó el lecho de don Everardo Trinidad Ventura, corrió a pedir auxilio al convento de los descalzos, donde había cuarenta franciscanos dedicados al culto divino y a la cura de almas, pero los frailes le dijeron que cargara con la cruz del matrimonio ya que a los hombres no correspondía separar lo que Dios había unido, y que todos los caminos eran buenos para la santificación cuando se ponían miras sobrenaturales en los negocios de este mundo.

Pero Luftolde venía muy escaldada y les zampó a los frailes: *«Vayan sus reverencias con don Everardo Trinidad*

Ventura, si quieren santificarse, que yo me voy con Dios, pero ahora mismo», y se fue al administrador de Correos, don Domingo García, para que la llevara en tartana hasta la barca del río de San Pedro. En el Puerto de Santa María, inició su peregrinación conventual alimentándose de cuaresmas y durmiendo con chinches de catres penitentes hasta que, noticiosa de su viudez, volvió al hogar, donde encontró a su hijastro Diosdado, con la oreja vacía y la cara desollada, como un viejo de veintisiete años.

La testamentaria de don Everardo Trinidad Ventura, dejaba el mayorazgo de los Croquet a Diosdado, dos olivares y la dehesa grande, lindera con la comunal de la Algaiga, dos salinas, la casa solariega y las de la calle de la Soledad, Cruz Verde y la Palma, con la previsión de que si Luftolde tenía hijos, en número indeterminado, se hicieran partes iguales de todo, menos del mayorazgo.

La preñez de Luftolde descompuso los planes de abuelo Diosdado, que tomó una casa de alquiler en Madrid, en la calle de la Almudena, de cochera y tres plantas, tan estrecha y tan honda como cara, pues la renta anual era de mil cien reales.

Se instaló modestamente, con un criado de marina llamado Agapito Rey, que fue mozo de cuadra y de cocina, cocinera con galopina y otro par de mujeres, que duraron menos que lombriz en gallinero apenas Luftolde pisó Madrid.

Agapito Rey, que dormía en la cuadra, en apoyo de mampostería con colchón pajudo, fue trasladado *ipso facto* a batallones, y el jamelgo, que arrastraba un landó de charol, pasó a la plaza de toros, porque la señora sufría con el olor a estiércol.

Pero todo este acontecer sucedió entre las diez y las doce de la mañana, del mismo día que don Diosdado y su madrastra llegaron a la Corte, aprovechando la ausencia

del cumplidor marino que acudió a presentar sus respetos a la superioridad, para decir que, terminada su licencia provisional, por asuntos propios, se reincorporaba al destino.

Luftolde recibió a su protector con el codo por delante y, aquella misma noche, en nombre del decoro y la vergüenza, Diosdado tuvo que dormir en la cochera, sobre el colchón de Agapito, que el demonio las carga y, entre cochera y vivienda, aceitando cerrojos y candados, podía hacerse muro medianero para separar lo que es hembra de lo que es macho.

Diosdado durmió mal, con pesadillas, como el que escucha voces y ruidos, pero al otro día, a la hora del *agua va*, al salir *cum manibus mingentibus*, vio su puerta tapiada a cal y canto, porque su madrastra encontró modo y albañiles para cumplimentar el refrán de lo que debe levantarse entre santa y santo, para evitar complicaciones.

Antes de una semana, comprendió Diosdado que no tendría paz y pretendió abandonar el hogar discretamente sin eludir las cargas presupuestarias de mantener subsistencia, techo y decoro, a su madrastra, que más que comer, vestir y guardarse de la lluvia, lo que necesitaba era tener a alguien a quien mortificar, y empezó a desmayarse y a amenazar con denuncias escandalosas, ya que, indudablemente, su hijastro pretendía moverse por toda la casa sin trabas ni cortapisas, para sentirse cómodo, y de la comodidad a la familiaridad no hay más que un paso pues, si de tal palo tal astilla, podía colegirse lo que sería el hijo mozo, si lo dejaran suelto, juzgando de lo que fue capaz el viejo carcamal embalsamado de don Everardo Trinidad Ventura.

Tan extremadas razones fueron verdad inapelable a la que la seriedad de abuelo Diosdado y su lógica cartesiana no encontraron respuesta. Ni marcharse, ni quedarse: su

puesto era la cuadra, y que Dios lo librara de pisar en su propio hogar, si no había una dueña respetable dando decoro a la situación, ya de por sí bastante equívoca, caballero.

Menos mal que la providencia envió a Madrid, desde Castilleja de la Cuesta, a su tía, y cuñada de Luftolde, Tránsito Duro y Plata, en compañía de su padre, don Fidel Duro Malasaña, por motivos de salud, pues Tránsito se asfixiaba con el asma y lo único flaco que tenía era la voz. Para el gusto de la época debió ser una belleza, que así la celebran las noticias, pero una belleza, como algunos chorizos, conservada en manteca, luciendo un mostrador como dos pellejos ahítos de aceite y un culo como era al terminar la trilla, con dos pajares mellizos.

Traía a la Corte pretensiones de entrar en hechuras con los cuidados del protomédico Rafael Pellegrín, que hacía milagros con dietas diuréticas y lavativas, en bebidas suaves, resolutivas, en vapores emolientes, en cocimientos levisísimamente depurantes, a base de hojas de parietaria, agrimonia y taraxacón, simiente quebrantada de bardana y perejil, y píldoras de cinoglosa y de estoraque, antes de recogerse a dormir.

El padre de Tránsito, don Fidel, fue un bárbaro más rico que ilustrado, hombre linajudo, hermano del capitán de navío don Rafael, que crió toros bravos en las marismas. A pesar de su linaje, tuvo la moral y el trato de un chalán, amigo de toreros y de la Inquisición, y se le iba el aire por arriba y por abajo (de salud le sirva) sin acostumbrarse nunca a la opulencia, pues hacía ostentación de sus dineros hasta el punto que, en lugar de rapé, gastaba polvo de oro para provocar el estornudo.

Los Duro llegaron allí con cocheros y caballos, baúles, bañeras de zinc, macetas, mecedoras y orinales, que más parecían mudanzas que equipaje.

Esta invasión sirvió de pretexto a Diosdado para trasladarse a batallones del Sexto de Marina, que guarnecía la Corte, y allí permaneció rumiando enconos, mientras Luftolde y familia lo llevaban a la bancarrota, pues don Fidel, rumboso y propinero, no contribuyó, ni con un real, para mantener el tren de vida.

El calvario de abuelo Diosdado en estos años, se acrecentó con el nacimiento de Ángel Custodio, su complicadísima crianza, las dietas particulares de los Duro, y la disparatada administración de abuela Luftolde.

Cuando regresó, ya teniente de navío, de su embarque y aventura del *San Julián*, su hermano Ángel Custodio jugaba con una navajita, destripando sillones y arrancándoles hojas a los libros sabios, mientras Tránsito y su padre seguían allí instalados con su servidumbre, a mesa y mantel. Pagar las deudas de tres años le costó enajenar el mayorazgo, aunque don Fidel, ja ja ja, decía que no se preocupara, guiñando un ojo cómplice y señalándose la bolsa.

—Venda, venda, Diosdado, que ya hablaremos, ¿entiende? ya ha-bla-re-mos.

Durante su ausencia, la fiel Lela Velande, ya descaradamente en el bando de abuela Luftolde, abandonó el cuidado del pequeño Ángel Custodio, «*al que dejaba a pan y agua por ver si se moría*» y la gorda Tránsito trajo un ama gallega sin marido, «*que le daba de mamar cuando ya tenía dientes, pues el angelito no sabía qué cosa era comer*».

Cuando abuelo Diosdado embarcó en la división del *Mediterráneo*, hizo largas campañas, en corso, contra piratas y comercios berberiscos, y sus cartas a Madrid las dirigía a Tránsito, con la preocupación constante del pequeño Ángel Custodio:

«*Cuide, tía, que no se quede a solas con su madre, pues temo que suceda algo irremediable con las bromas que se hacen veras. Sabe usted con la angustia con que le encarez-*

co esto, y no fie de Lela, que no es mala, pero por ganar la voluntad no para en mientes».

Los Donasteves, lo mismo que los Duro, eran oriundos de Castilleja de la Cuesta, donde don Diego Donasteves, abuelo de Diosdado, terminó sus días, después de haber intervenido en la guerra contra la Triple Alianza, en la batalla de Cabo Passaro, y de haber disfrutado de la amistad personal de Ripperdá, que llegó a primer ministro.

Don Diego se casó dos veces: del primer matrimonio nacieron Emilia, madre de abuelo Diosdado, y Diego, marido de Tránsito; del segundo, Luftolde.

Don Diego, el viejo, dejó fama de agarrado y de hombre difícil. Se cuenta de él que para trasladarse de Cartagena a Cádiz o a Ferrol, «no necesitaba agua ni víveres a bordo pues como él resistía doce días sin comer ni beber, por culpa de la ardentía, no iba la dotación a regalarse, que donde hay patrón no manda marinero».

Era un místico oscuro y preocupado, con una gran barbilla, y tuvo mala suerte pues murió en la miseria después de haber vivido en puro ahorro, hasta el punto que, por no gastar, llevaba los zapatos en las manos y, en vez de bolsa, usaba hucha de hierro donde, lo que entraba, no salía jamás.

Su hijo Diego causó baja en el colegio de Guardias Marinas, por incapacidad, «*no le entraban las letras y menos la prosodia, el catecismo ni otras aritméticas y su padre lo puso a capar cochinos, pero ni eso aprendió y en nada se diferenciaba de la plebe no siendo en lo mucho que comía*».

La suerte de *Dieguito*, el iletrado, fue cruzarse con don Fidel Duro Malasaña, cuando andaba buscando marido para su hija por prescripción facultativa.

Tránsito, antes de alcanzar los tres quintales, padecía lechinas, sarpullidos, rubeolas, sarampiones y escamados

de piel, que no cedían con emplastos ni lavados. La ciencia recomendó el matrimonio antihistamínico como único remedio: «Tan pronto tenga marido, todo pasará».

Dieguito, que sufría más por la letra que por el espíritu, desterrado por su padre en las tierras de labor, vio el cielo abierto, máxime cuando conoció a su futura, tras la reja, y «*no sólo era hija única sino de muy buena cara*». El resto del regalo quedaba en la penumbra y se celebró la boda, doblando las campanas.

La enemistad entre suegro y yerno no tardó en germinar, porque al mes, Tránsito seguía con emplastos y lavados, y Diego, «*que no servía para nada, no había servido tampoco para hacerle un hijo a su mujer*». Se mezclaron cuestiones de intereses, «*porque el que quiera cuartos y tierras, que los herede o vaya a buscarlos a las Indias*»; y, al poco tiempo, proscrito por su padre y por su suegro, Dieguito volvió a patear dehesas y sembrados, con la mala suerte que consiguió con pastoras y guardesas lo que no consiguió con su mujer, y tuvo una cosecha de chiquillos que lo emigraron al Perú.

Los pasos de abuelo Diosdado por Madrid, mientras Ángel Custodio iba creciendo, sólo servían para contabilizar su ruina. Los Duro, Luftolde y Lela Velande, comían a dos carrillos a su costa, sin que su genio le permitiera rechistar. Su malestar interior, apenas se transparenta en sus escritos. Todo lo más que se permite, es señalar a su tía Tránsito, desde Nápoles:

«Cuando no quede nada por vender, tendremos que reducir la servidumbre, que son muchas bocas para tan poca renta».

La leve insinuación, más cómica que impasible, contesta (enviando un poder para pleitos, a nombre de don Fidel Duro Malasaña) a la notificación de un embargo por deudas contraídas por los madrileños.

Diosdado, en su casa de Madrid, era un extraño: Lela Velande hacía y deshacía, con el beneplácito de Luftolde, cuanto le venía en gana. Una de sus intervenciones, y no la de menores consecuencias, fue la de alcahuetear la reconciliación de Tránsito y don Diego Donasteves, su marido, que volvió de ultramar descalzo; intriga de vodevil, donde Lela le soltaba los dineros al marido pródigo, y concertó citas a los esposos, a espaldas de don Fidel, con el único propósito de poder dominar a Tránsito, *«para la que Lela no era santo de su devoción»*. Estas intrigas de tapadillo, las descubrió personalmente abuelo Diosdado, y tiró de la manta cuando sorprendió al tío Diego escondido en la cuadra, dispuesto a raptar a su propia esposa con la bolsa de oro de don Fidel.

Separada la esposa de la bolsa, don Diego puso pies en polvorosa y terminó con los huesos en la cárcel de Toledo, donde se le envenenó la tos y murió sin examen de conciencia ni dolor de corazón. Así acabó el varón de los Donasteves, dejando a su gordísima esposa embarazada, el mismo año que Ángel Custodio, con el empleo de guardia marina, embarcó en la escuadra.

*

Diosdado, ya casi un carcamal, francófilo, anglófilo y germanófilo, al margen de las guerras nacionales, viajó por Europa con cálculos e inventos, durante casi tres años de oreja ahíta, para regresar a la Corte, pulido y ático, a despachar papeles que, *«con sus humildes opiniones, mejoradas según su superior criterio y parecer»*, terminaron en Reales Órdenes y Decretos, firmadas por «Yo el Rey». Trabajó allí en la sombra, otra vez fiscalizando los problemas cubanos de construcción naval, que se agrava-